

AXEL TORRES

11

CIUDADES

**VIAJES
DE UN
PERIODISTA
DEPORTIVO**

CONTRA

Axel Torres Xirau nació en Barcelona el 13 de marzo de 1983, pero vivió en Sabadell desde dos días después y hasta los veintisiete años. Empezó a dedicarse al periodismo antes incluso de entrar en la universidad. En sus comienzos alternó la narración de partidos de Segunda B y Tercera en Radio Salud con apariciones comentando fútbol internacional en la Cadena COPE. En 2006 fichó por Radio Marca, la emisora en la que dirigió *Marcador Internacional*, su programa más personal, durante ocho temporadas. Desde 2008, cuando lo fichó GOLT, compagina la radio con la televisión. Actualmente presenta «El Club» en beIN Sports, es colaborador de la Cadena SER y dirige la web *marcadorint.com*. El fútbol le interesa como juego en sí mismo y como fenómeno social. Y aunque siempre se le ha asociado al seguimiento de campeonatos exóticos, el único club por el que sufre de verdad viste de arlequinado y jugó ante el Brujas en competición europea en 1969.

Dirección editorial: Didac Aparicio y Eduard Sancho

Diseño: Pablo Martín y Rafa Roses

Composición digital: Pablo Barrio

Primera edición en papel: Marzo de 2013

Primera edición digital: Febrero de 2017

© 2017, Contraediciones, S.L.

c/ Elisenda de Pinós, nº 22

08034 Barcelona

contra@contraediciones.com

www.editorialcontra.com

© 2013, Axel Torres

© 2013, Edu García, del prólogo

© 2013, Román Yñán, de las fotografías de cubierta, solapas e interior

Agradecimientos: al Centre d'Esports Sabadell F.C., por la camiseta que ilustra la cubierta; al Club Esportiu Europa, por cedernos amablemente sus instalaciones para la sesión de fotos con Axel Torres; a Pablo Pascual, por dejarnos fotografiar su camiseta del Swansea; a Román Yñán, por sus fotos; y al autor de este libro, por supuesto, por su trabajo, por su paciencia y por su talento.

ISBN: 978-84-946527-4-5

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Prólogo

1

Sabadell

2

Londres

3

Sevilla

4

Lisboa

5

medvode

6

Múnich

7

Swansea

8

Viena

9

Asunción

10

Tokio

11

Eibar

Apéndice

PRÓLOGO

Quizá nadie me crea al leerlo, pero puedo asegurar que son contados los minutos que le he dedicado a hablar de fútbol con Axel Torres sin un micrófono enfrente de nuestras bocas. Hemos arreglado a nuestra manera la relación entre España y Catalunya, hemos establecido los límites de las relaciones personales y amorosas, y hasta qué punto resulta una opción sensata beberse la vida en solitario sin que haya una mano golpeando tu espalda cuando te atragantas. Hemos construido el Periodismo de verdad en infinidad de ocasiones, hemos puesto los cimientos reales de esta pasión que nos une para contar cosas y sin la que hoy no existiría ni este libro, ni estas letras, ni la propia amistad que sellamos en Barcelona cuando por primera vez vi el rostro de ese crío entregado a su labor que me sacaba un par de cabezas. Le hemos dedicado más de una charla a dirimir nuestras diferencias en lo literario, en lo cinematográfico, en lo musical. La de ocasiones en las que he alucinado con el móvil adosado a mi oreja por el tono con el que defendía no sé qué largometraje de no sé qué autor iraní. Yo siempre tan burlón y faltón. Él siempre tan cruel con su extenso silencio. Pero por encima de temáticas diversas —insisto, nada de fútbol se ha cocinado entre ambos—, me he pasado los años de mi relación con Axel Torres intentando demostrarle que del respeto hacia él pasé a la curiosidad,

de la curiosidad al aprendizaje, del aprendizaje a la admiración y, de ahí, a ese estadio de fascinación que me produce su persona y su personaje. Admiro lo que es y lo que representa. Envidio la intensidad con la que todo le llama. Aplaudo su lista interminable de principios, de sueños, de prioridades. Me gusta hasta cuando todo en él se me hace raro. Porque es una delicia notar que, con el paso de los años, un tipo al que has visto crecer te siga seduciendo como el primer día.

Lo que también quiero expresar en estas teloneras palabras es que su idiosincrasia necesita ser contada. Cuando somos público ambicionamos la lupa, el detalle, descubrir hasta dónde va la realidad y cuáles son las cláusulas que establece una relación. Este es el desnudo púdico de alguien con permanente exceso de ropa, es el alma al aire que canta Alejandro Sanz de un tipo obsesionado con el recelo y la intimidad. El Axel Torres periodista se despliega, se muestra, se explica y se explaya. Siempre ha sido natural cuando relata sus conquistas y cuando asume sus batallas perdidas. Pero el consumidor de vidas que sostiene este ejemplar quiere indagar un poco más. Y no movido por ese morbo malsano con el que tantas veces nos topamos en el trabajo, en la vecindad, en los medios; hay una curiosidad natural y necesaria que nos invita a enfocar nítidamente a un gurú que nos susurra cosas, y al que siempre creemos. Pensemos a cuánta gente solemos dar crédito, analicemos las anchuras de nuestra confianza. Vivimos rodando en un mundo que cada vez nos es menos reconocible, donde todo es apariencia, donde todo es difícil de verificar. Nos asomamos al periodismo con una coraza puesta sabedores de que las palabras ocultas tienen casi más sentido que las

que nos lanzan. Escuchamos, vemos y leemos sentidos literales que son ambiguos. Lo asumimos. Nos resignamos. Pero este estado de alerta ante lo falso también nos sirve para señalar al que se sale de la manada.

Quizá muchos no quieran pararse a descubrir qué hay de anómalo en un ser que nunca miente, que no traiciona, que prefiere callar a pronunciar algo que no le pertenece, que no sabe ni quiere fabricar. Pero, algunos, quizá sí queramos. Insisto en esa curiosidad propia del ser humano que sigue limpia de impurezas. Reitero que hemos asumido que los medios tienen intereses como los tienen sus prescriptores, pero que nuestro sentido de lo auténtico se activa, y es ahí donde podemos empezar a escarbar. No es habitual toparse con esta materia prima, un ser extraño que nos parece normal. ¿Y si encima nos detallan a qué se debe?, ¿y si la atracción se puede anclar a unos hechos vitales que de verdad la sostienen? Es magnífico el reto que afronta Axel Torres con «su» público, entonces. Es perfecta la ocasión para que el *striptease* sea total. La cabeza, el corazón, el olfato y el sentido de una vida de detalles en torno al balón, al paisaje y sus gentes. Vaya escenario que se nos abre ahora para poder pegarnos unos traguitos de ese elixir llamado vida.

Pero al autor de este libro no se le puede desposeer del deporte que le hace latir. Entender su realidad sin la pelota, sin los equipos, sin las grandes gestas que lo mueven, es como verlo de perfil, en una especie de ese 2D en desuso con el que la humanidad se ha venido malformando desde tiempos inmemoriales. De este libro espero relieve, color, alta definición. Por eso ahora manejo rápido el teclado del ordenador, porque deseo seguir descubriendo en las hojas

venideras a ese ser cuya cara lunar siempre ha sido negra y desconocida para mí. A través de la radio apresé en el aire partes de su ideario futbolístico, quizá no sé concretar su ADN porque todo en el estudio lo paso por la máquina de la velocidad y el ritmo. Al hacer programas juntos, me pareció que empatizaba con los equipos pequeños, con los jugadores con causa, con las aficiones sufridas. Pero no me atrevo a ponerle bajo el palio de Bilardo o de Menotti. Desconozco si le tira más el *tiki taka* o esa doctrina directa «Premier» que es al fútbol lo que el saque y la volea a Wimbledon. Podría afirmar, eso sí, que es de acciones concretas, de lances que se recuerdan, de paradas con mística. De tardes de gloria clavadas en el calendario de un equipo especial. Su tono trascendente me saca de mi propio carril y atiando y escucho y contextualizo hasta que pasa su euforia. Pero la radio, tan mágica para tantas cosas, no deja de ser una batida de olas continua acariciando con fiereza las palabras posadas en una orilla. Por eso necesito leer. Porque leerle es conocerle. Saber si, para él, fue natural dejar de ser jugador de fútbol aficionado con diecisiete años para entrar en el periodismo profesional. Cómo defendió a su Sabadell en el colegio, por encima de ese culé exultante acostumbrado a la mesa puesta con mantel de hilo. Por qué admiró a un portero de escasas ambiciones, por qué veneró a su primer profesor de inglés, el mismo que supo inocularle vía Leicester el virus del fútbol más longevo de Europa. Quiero descubrir a Rafa, el entrenador que le marcó, quiero imaginar la portería sin grada del Lepanto cuyas redes fueron a veces tan enemigas. Quiero entender cómo se destetó de su barrio y de qué forma se hizo más universal de lo que denotan siempre sus palabras cargadas de

epítetos. Estas páginas son para eso. Para la sed, para el hambre, para la ansiedad.

Seguro que alguno espera con la lectura conocer más a la persona y así señalar dónde termina el personaje. No sé si la búsqueda tendrá premio. En las veinte primaveras que uno lleva haciendo camino en este gremio, me he topado con mucha gente: original, expresiva, ilusionante, estrambótica, con esas cualidades propias que brillan y que hacen girar cuellos y miradas a destellos. Pero en quilates de autenticidad, en masa de nobleza, en volumen de verdad, nadie ha logrado superar la pureza del autor de este libro. A la hora de ser y a la hora de ejercer. Por eso insisto en que no es tarea fácil desbrozar su profesionalidad para pulir su personalidad.

En definitiva, el recorrido que ahora empieza está plagado de curvas, de paisajes, de balones que surcan el cielo y de caras sin rostro que tendremos que imaginar como en la literatura más genuina. Este es el producto de un tipo genial que cumple etapas sin más pretensiones que las básicas: ser feliz con los pequeños detalles. O, al menos, no dejar nunca de intentarlo. Buen provecho.

Edu García
Madrid, enero de 2013



CAPÍTULO 1

SABADELL

O cómo un profesor de Leicester y un
entrenador menor de edad me cambiaron la
vida

A Albert Burrull

Mi panorámica favorita de Sabadell se descubre tras un túnel. Viajando con el S2 de los Ferrocarriles de la Generalitat, dejando atrás Badia del Vallès —el pueblo de Sergio Busquets—, aparece en toda su inmensidad la única ciudad que en esta vida podré sentir como propia en toda su plenitud. El tren avanza desde la Universitat Autònoma hasta Sant Quirze, elevado varios metros por encima de esa enorme llanura por la que se extiende, alargada y aparentemente inacabable, la urbe que me vio crecer. Descansa a los pies de La Mola, el monte que preside la comarca y que ejerce de límite geográfico, de barrera natural, con el Bages y la Catalunya interior. Desde el aeropuerto —un modesto aeródromo en el que, según cuentan, hicieron las paces Valdano y Mourinho antes de reencontrarse en el Real Madrid— hasta las torres del Eix Macià —el distrito financiero, dice la Wikipedia inglesa, presentándolo con una foto de su *skyline* como si fuera el Pudong de Shanghái—, el viajero puede apreciar que aquella es una localidad de cierta magnitud y diferenciarla de los pequeños núcleos residenciales, coquetos y algo exclusivos, que se ha ido encontrando en su trayecto de 42 minutos desde el corazón de Barcelona. No sé si ese *travelling* lo prefiero de día, cuando todos los contornos y los colores —grisáceos, tenues, sociales— aparecen más definidos, o de noche, cuando la colección de lucecitas —*lamparetas*, cantarí Antònia Font— esparcidas por el espacio identifica que, en ese lugar concreto, vive, sueña, ama y sufre una comunidad de gente. Cuando el trayecto era rutinario, era complicado que aquella visión me despertara las emociones que sí logra encender ahora. El regreso a Sabadell, después de unos días fuera, posee esa magia inherente a los sentimien-

tos íntimos y provoca ese entrañable cosquilleo, ese escalofrío electrizante que recorre todo el cuerpo y que está tan conectado con el amor.

La cultura popular ha llegado a acordar que Sabadell es una ciudad fea. Lo asumen, sin ningún tipo de rubor, la mayoría de sus habitantes. La luminosa Barcelona, con su arquitectura modernista, su salida al mar, sus barrios bohemios, sus callejuelas repletas de tradición e historia, está a veinte minutos en coche, y Sabadell no resiste la recurrente comparación. Sin embargo, pocas ciudades han logrado generar un sentimiento de pertenencia y orgullo como el que muestran, siempre que salen al mundo, muchos sabadellenses; aquellos que consideran Barcelona su «barrio marítimo», aquellos que presumen de su origen en todas partes, aunque el interlocutor no entienda exactamente cuál es el motivo de tanto regodeo. Yo pertenezco a esta segunda categoría de sabadellenses: la de los orgullosos. La de los que, desafiando cualquier lógica universal, un viernes por la noche se peleaban con los amigos que querían salir por Barcelona, llegando a argumentar que La República ofrecía mayor diversión que Razzmatazz. Y en realidad, repasando el historial de farras memorables, los entrañables locales del centro de Sabadell ganan por goleada en mis recuerdos: el Bemba, la Tete o, sobre todo, aquel Morrosko que sigue resistiendo el paso del tiempo con su decoración algo retro, el punto de encuentro de toda la juventud ya madura cuando los jueves por la noche sale de consumir en el Cineclub la única sesión semanal en versión original subtitulada que se ofrece en la ciudad.

Existía, en efecto, una división perceptible entre los sabadellenses de mi generación. Por un lado, los que no oculta-

ban su fascinación por la metrópoli cercana. Aquellos que, cuando salíamos a Europa, estaban deseando que les preguntaran «*Where are you from?*» para responder al instante, casi sin dejar un espacio de silencio, con un potente «Barcelona». Un «Barcelona» sin matices, sin titubeos, sin un ápice de duda interna. En el otro extremo, en un extremo de inferioridad numérica, estábamos los que queríamos reforzar con nuestros actos y nuestras elecciones una personalidad propia sustentada en rasgos ciertamente ambiguos, pero suficientes como para provocar en nuestras almas un arraigado sentimiento de pertenencia e identificación. Cuando en el bar más guay de Berlín un alemán de Prenzlauerberg nos repetía esa misma cuestión, el «*Where are you from?*», nosotros necesitábamos un poco más de tiempo para responder: «*Sabadell, a city near Barcelona*». Nótese que decíamos *city*, y no *small city*, ni *town*, que es lo que probablemente habría sido más acertado. Y es que en nuestra contestación podían detectarse algunos conceptos claves para entender nuestro orgullo: también el *near*, como símbolo de cierta resistencia, de rebeldía ante la asimilación de los alrededores como parte de un todo metropolitano, de rotunda separación. Sabadell no sería ni área metropolitana ni Catalunya central. Y ese sería uno de sus rasgos distintivos más marcados: esa existencia intermedia, esa permanente ambivalencia. El mundo, sin embargo, ha cambiado en las últimas décadas. Y mientras en tiempos de nuestros padres la conexión con Granollers, Igualada o Manresa era más común, nuestra generación prácticamente no se relaciona con ellas y se acerca cada vez más a Barcelona.